

2 de Julio de 1714.

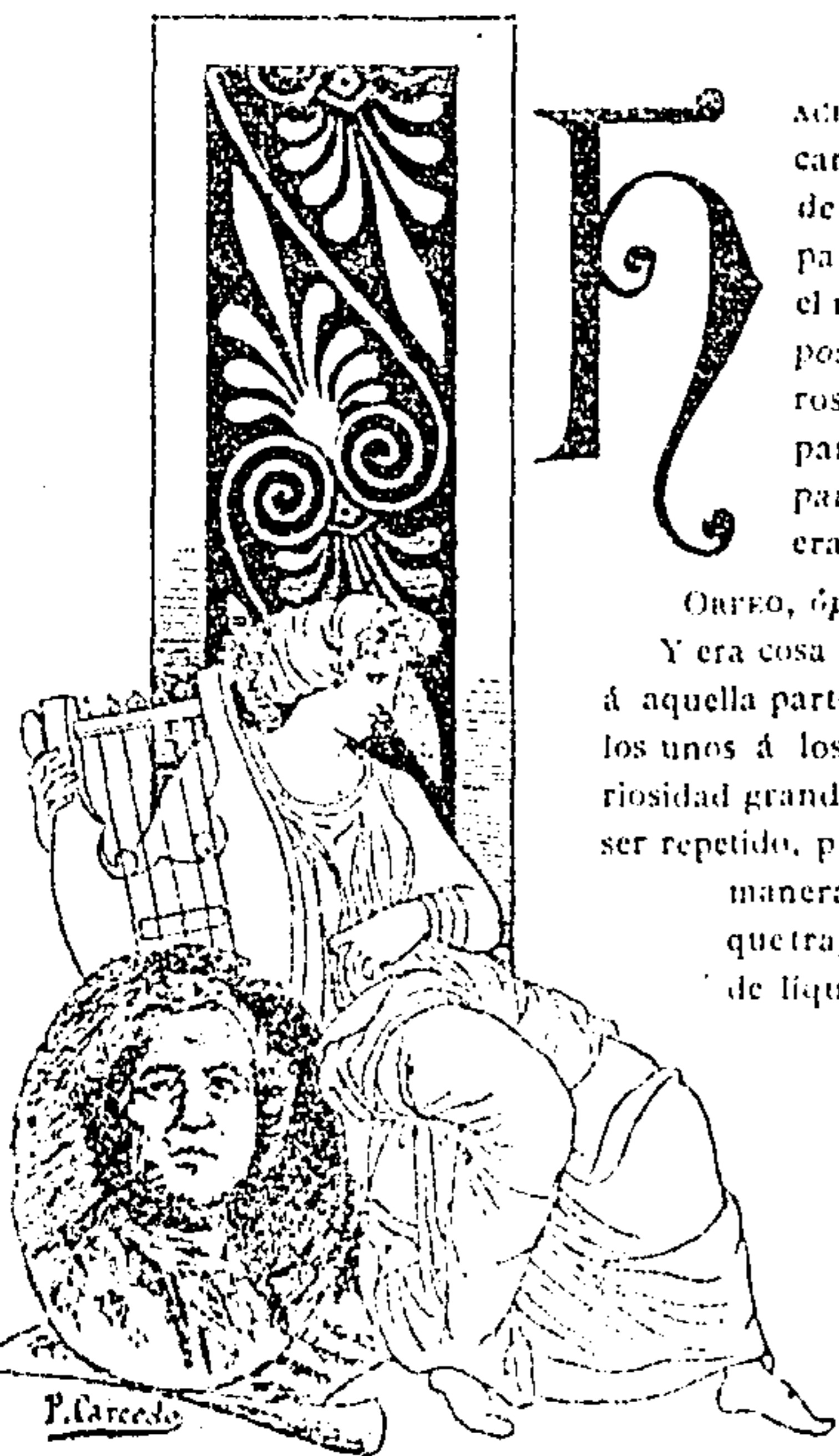
Nació en Weissenwangen (Alemania)

Cristobal W. Gluck.

2 de Julio de 1778.

Murió en Ermenonville (París)

Juan J. Rousseau.



Hace algunos años apareció en los carteles del Teatro Real el título de una ópera que no formaba parte del repertorio ordinario, y el nombre de un maestro compositor que si para los verdaderos aficionados era conocido, para muchísimos dilettanti, y para la mayoría del público, era completamente «nuevo».

ÓPERA, ópera del maestro Gluck.

Y era cosa de oír á aquellos dilettanti y á aquella parte del público preguntándose los unos á los otros, y repitiendo con curiosidad grandísima aquel nombre que, al ser repetido, producía un ruido extraño, á manera de estrecha boca de desagüe que traga sin descanso gran cantidad de líquido, ó á modo de coro de «gargarizadores».

—¿Gluck? ¿Gluck? ¿Gluck? ¿Gluck? ¿Gluck? ¿Gluck?

Casi todos los periódicos satisicieron en parte la curiosidad pública, unos acudiendo á sus propios conocimientos, otros publicando los datos proporcionados por aficionados eruditos y

no pocos apelando á las noticias del Larousse, y así todo el mundo supo ya en aquellos días que había existido un notable compositor alemán llamado Cristobal Winibaldo Gluck, quien gozaba en su época de gran fama y popularidad, siendo considerado por su talento musical, por su inspiración, y sobre todo por su inteligentísimo espíritu innovador y reformista, como fundador de la moderna escuela musical alemana y como uno de los más grandes genios de que puede ufanarse la escena lírica.

Gluck, hijo de Alejandro Gluck, guarda general de los jardines y bosques del príncipe Sobkowitz, siendo muy niño quedó huérfano y pobre, y tuvo que buscarse la vida unas veces tocando el violín en las iglesias, otras yendo de pueblo en pueblo, como músico ambulante, hasta que su buena estrella le llevó á Viena, donde su talento y su maestría en la ejecución de varios instrumentos, especialmente el violoncello, fueron apreciados, y pudo tener medios para vivir mejor y para perfeccionar su educación artística con la protección del príncipe de Meisi, que lo llevó á Italia, donde recibió lecciones del afamado profesor San-Martini.

Las primeras óperas de Gluck demostraron sus conocimientos, acreditaron sus disposiciones y presajaron sus futuros triunfos; pero aún no se adivinaba el poderoso genio reformista, que es base principal de su fama y que sólo se reveló después en Londres, donde, según dice uno de sus biógrafos, sus relaciones con el compositor Arne y con su mujer, cantante de primer orden, ejercieron en su ánimo felicísima influencia.

Desde entonces en todas sus obras descubriase el empeño de apartarse de la escuela italiana, «para dedicarse á buscar la verdad dramática», fundando la escuela á que los wagneristas dan hoy el nombre de su ídolo, quien con su talento poderoso no hace, sin embargo, más que seguir el sistema y perfeccionar la obra de Gluck.

En la carta-dedicatoria de su *Aleeste*, estrenado en 1776, ya este maestro explicaba su nuevo procedimiento con estas palabras: «He procurado reducir la música á su verdadera función; la de secundar á la poesía para fortalecer la expresión de la frase sin debilitar la acción de la obra ni enfriarla con adornos superfluos. Creo que la música debe añadir á la poesía lo que añade á un dibujo correcto y bien compuesto la vivacidad de los colores y la combinación feliz de luces y de sombras, que sirven para animar las figuras sin alterar los contornos...» «La imitación de la naturaleza—decía Gluck en una carta publicada en *El Mercurio*—es el objeto que deben proponerse las Artes; es el que yo procuro realizar. Siempre sencilla y natural, tanto como me ha sido posible, mi música no tiende sino á reforzar, por decirlo así, á dar la mayor expresión á la declamación de la poesía; razón que me ha hecho no emplear los trinos, las modulaciones, los ritornellos ni las cadencias que prodigan los italianos.»

El éxito alcanzado por esta reforma, fué inmenso; pero á la vez que surgieron en París miles de admiradores entusiastas del genio de aquel maestro, á quien Burney, pintando «su manera» vigorosa con una frase feliz, llama «el Miguel Angel de la música», también aparecieron enemigos y detractores, que para hostilizarlo dedicaron sus aplausos y sus elogios á otro músico notable,



Gluck.—Figura del cuadro de Hamman «Gluck en el Trianon»